

# NOTAS CRITICAS

A LOS CIENTOS AÑOS DEL DESCUBRIMIENTO DEL POEMA PROVENZAL DE ANELIER SOBRE LA GUERRA CIVIL DE PAMPLONA, POR DON PABLO ILLARREGUI

## EL HECHO

En el otoño de 1844, la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra encomendó a su vocal D. Pablo Illarregui la inspección de la *biblioteca*, del monasterio de Fitero «para formar —escribe él— (1) una idea exacta de su estado de conservación y de los libros que contenía, a fin de arreglar el índice general que exigía la central». En aquella visita tuvo la fortuna de encontrar un precioso manuscrito, sobre cuya existencia nada se sabía y que por su extensión y asunto, llamó la atención de Illarregui. El manuscrito llevaba una inscripción latina en tipografía gótica, en rojo y azul y en letras mayúsculas: «Guillermus Anelier de Tolosa me fecit». Se había descubierto un poema, en lengua de oc, y que venía a ser una crónica, escrita por un testigo presencial, de la guerra civil de Pamplona acaecida en el año 1273.

En este año de 1944 se cumplen cien del hallazgo de este célebre poema provenzal, debido al benemérito navarro D. Pablo Illarregui Alonso.

## EL HOMBRE

Illarregui nació en Estella el día 15 de enero de 1808. Contaba, por tanto, 33 años cuando descubrió el poema de Anelier, en el monasterio de Fitero. Se supone que hizo sus primeros estudios en Pamplona, algún curso en el Seminario, y que siguió en Salamanca la carrera de leyes. Casó con doña Teresa Iguerabide y Oyarzábal, y tuvo dos hijos, Dolores y Eduardo, quien sucedió a su padre en el desempeño de la Secretaría del Ayuntamiento de Pamplona. Don Pablo fue nombrado por unanimidad Secretario del Ayuntamiento de Pamplona el 6 de abril de 1840 —a los 32 años—, tomando posesión del cargo el 8 del mismo mes y año. Se jubiló el 10 de diciembre de 1873, en que le sucedió su hijo D. Eduardo (2). Vivió en Pamplona en la casa n.º 7 de la calle Dormitallería que era suya, y en la que falleció, santamente, el año 1875, a los 67 años de edad. Fue D. Pablo hombre de ideas religiosas muy arraigadas, católico práctico, de carácter bondadoso y que antepuso a toda invitación política para ocupar altos puestos, su afán de in-

(1) Prólogo a «La guerra civil de Pamplona»: 1847.

(2) Actas del Ayuntamiento de Pamplona.

vestigador, pasión suya predominante. Las desgracias no dejaron de afligirle: lloró la muerte de su hija Dolores y de su nieto Carlos, y entre esias pesadumbres y su sordera le recluyeron en el rincón familiar de sus libros, sus papales y sus monedas y donde le hacían compañía algunos íntimos, de tan finas calidades de cultura como él. Su viuda vióse en el trance bien amargo de vender la biblioteca, el monetario, y por fin la casa. Papeles, documentos y cuadros fueron a parar a su hijo D. Eduardo, cuyas hijas se trasladaron a Madrid (3). Ocioso es poner de relieve la actuación de D. Pablo en el delicadísimo trascendental asunto de la modificación de nuestros Fueros, culminada en la Ley paccinada de 1841 y de cuyas vicisitudes dejó escrita una Memoria, así como un feliz ensayo sobre el Fuero. Pero no se puede omitir, para honor suyo, que a sus expensas, tres años más tarde de haber descubierto el poema de Anelier, lo editaba en la Imprenta de Longas y Ripa (1847) con un prólogo, notas y advertencias finales reveladores de la gran cultura que poseía D. Pablo, máxime tratándose de una pieza literaria escrita en lengua provenzal. El manuscrito lo entregó a la biblioteca de la Real Academia de la Historia. Ignoro qué motivos pudieren inducir a aquel ilustre y cultísimo navarro para privar a Navarra de tan interesante documento. Lo cierto es que nos dejó en Navarra su edición, pagada por él, detalle que le enaltece sobremanera. Ni en Navarra ni en España se prestó al poema la atención que tuvo el Gobierno francés, *cvs* costeó el viaje de Michel a Pamplona para estudiarlo, así como la magnífica edición, con la traducción francesa, que se hizo en París en 1857. (Imprimerie imperiale (MDCCCLVI).

Acertadas son las frases de D. Juan Iturralde y Suit: «Felizmente para el buen nombra de nuestro país, no fueren en esta ocasión los extranjeros los que como tantas otras veces, revelaron a la Europa el tesoro literario que nuestra patria encerraba, pues nuestro inolvidable amigo D. Pablo Ilarregui, descubridor del manuscrito, lo hizo imprimir en Pamplona en 1847, acompañándolo con un prólogo de indiscutible mérito y notas del mayor interés».

#### EL POEMA

D. Juan Iturralde y Suit nos describe así el manuscrito (4) «...compone un tomo en 4.º menor, de 145 hojas en pergamino vitela y en cuya primera línea se lee en caracteres alternativamente rojos y azules «Guillermus Anelier de Tolosa me fecit». Sus páginas contienen blasones, letras e iniciales miniadadas, y su encuadernación que aún conservaba, era de madera recubierta de cuero, sobre el que se ven seis escudos de cobre, notándose que según las señales debió de tener 8. Entre los que aún existen, uno ostenta en campo de plata un cheurrón de azul; otro parece haber sido dorado con león rampante de sable, barrado, y el tercero contiene también un león rampante, pero sin barra». El poema tiene 5119 versos, de arte mayor, monorrimos,

(3) Debo éstos y otros muy interesantes datos, así como una fotografía de don Pablo, a mi distinguido amigo D. Manuel de las Rivas, de Logroño y que es, por línea materna, biznieto de Ilarregui, pamplonés como sus hermanos, de la calle Curia.

(4) «Revista Euskara». Año V, núms. 50 y 51. Pamplona, 1882.

en 104 series, con distinta dimensión y rima cada serie, y cuyo último hemistiquio de seis sílabas se repite al comienzo de la serie que sigue. Ilarraqui, en su edición, divide el poema en 104 cantos que corresponden a las series: en el original no hay otra distinción sino que cada serie comienza con una inicial miniada y cambia de rima. Del canto o serie 2.<sup>a</sup> se pasa a la 4.<sup>a</sup> porque en el manuscrito —advierde Ilarregui— está incompleta la 2.<sup>a</sup> hoja y desde el verso 33 cambia la rima, lo que indica que faltan los primeros versos del canto 3.<sup>o</sup>. Hay algunos versos sin iniciales y otros incompletos. Ilarregui dice que la última hoja del manuscrito «se halla cortada a tijera». «Dos páginas más adelante —añade— se encuentra otra en la misma forma, lo cual hace ver que en los últimos tiempos anduvo muy abandonado este precioso manuscrito que por una casualidad ha llegado hasta nosotros» (5).

Se han ocupado del poema, además de Ilarregui y Michel, en sus respectivas ediciones, entre otros, Iturralde y Suit (5), Mongelos (7), Campión (8), Rodezno (S), Menéndez Pelayo (10), Emeric Davis (11), Milá y Fontanals (12), Meyer (13), Raynouard (14), Vie-Vaisseta (15). Cabe presumir que Menéndez Pelayo no leyó el poema, pues hablando de los romances viejos, escribe que «la gran cruzada de 1212 sólo tuvo eco en el magnífico canto provenzal de Gavaudan, el viejo» (16), cuando Anelier dedica las series II, III y IV a la batalla de las Navas.

He aquí cómo enjuicia Campión el poema de Anelier: «A pesar del idioma del autor, y de su nacionalidad, es imposible no tener como cosa muy navarra el poema acerca de «La guerra civil de Pamplona». Los hombres de aquellos ensangrentados días hablan y se mueven como si los tuviéramos delante de los ojos; los más chicos pormenores de sus páginas denotan su veracidad; bien se ve que el autor fué testigo de los sucesos, conoció a los personajes y tomó parte material en la lucha, según él mismo lo declara. El poema es una larga crónica rimada; las dotes del narrador sobrepujan a las del poeta». Ni deja de ser interesante la de Iturralde y Suit: «El gran interés que bajo el punto de vista filológico y para el estudio de las costumbres y de la vida militar en los siglos medios, presenta la guerra civil de Pamplona, escrita en provenzal como la «Cruzada contra los albigenses» que un siglo antes compuso el navarro Guillermo de Tudela, es indudable y aun dejando a un lado su gran valor histórico, era éste motivo suficiente para que tan precioso Códice fijara la atención de los sabios». A estos juicios, hemos de

(5) Nota XXIII de su edición de 1847.

(6) Revista Euskara.

(7) Boletín de la Comisión, Cuaderno 9, 1912.

(8) «Nabarra en su vida histórica», 1929.

(9) «DE tiempos lejanos» 1913.

(10) «Historia de la poesía castellana en la Edad Media», Madrid, 1911-1913, tom. I y «Estudios de crítica histórica y literaria», Madrid (edición nacional) tom. V.

(11) «Hist. lit. Franc, 1835.

(12) Trov. Españ. 1861.

(13) «Hist. lit. Franc», 1898.

(14) «Poes. et troub.» 1820.

(15) «Hist. de Lang.» 1885.

(16) «Tratado de los romances viejos», tom. II

añadir el ds Menéndez y Pelayo: «Texto inédito [provenzal] de alguna extensión, apenas hemos publicado otro que el posma de Anelier sobre la guerra civil de Pamplona». Son tres juicios que valoran, en la totalidad de sus afirmaciones, esta pieza literario-histórico-filológica.

¿Puede clasificarse este poema o crónica rimada entre los Cantares de gesta? En realidad, por su asunto, no pertenece a ninguno de los ciclos Clásicos. Pero tampoco el poema «Chanson des Albigeois» pertenece a ninguno de los tres ciclos y sin embargo, Faguet (17) lo considera como verdadero cantar de gesta. ¿Qué relación guarda, por su métrica, con la poesía de su época? ¿Con el «Poema de Fernán González» del monje de Arlanza, cor ejemplo? ¿Qué supone, filológicamente, para la historia de la lengua, en Navarra? ¿Qué difusión pudo tener el poema? ¿A quién perteneció, primitivamente? ¿Estaba vecindado Anelier, en Navarra? ¿Cómo, por fin, llegó al monasterio de Fitero?

Iarregui escribe: «Las más exquisitas investigaciones no han bastado a averiguar de qué modo se adquirió ese libro por el monasterio; y sólo se infiere por algunas notas puestas en el mismo que en distintas épocas ha pertenecido a varios sujetos particulares, uno de los cuales se llamaba Miguel Laceylla, apellido que es propio también de algunos vecinos del burgo de San Cernin, de los que figuran en la guerra civil, como partidarios del Gobernador». Laceylla es voz románica que delata al elemento forastero existente en Pamplona. Por otra parte, en el poema de Anelier se advierte una palpable influencia castellana, detalle que hizo suponer a Michel una antigua residencia de Anelier en Navarra. Esto, naturalmente, se opone a la creencia, por otros sustentada, de que Guillermo de Anelier vino a Navarra, acompañando al Gobernador Eustaquio de Bellamarca. El Sr. Mongelos, versadísimo en humanidades, expone, aunque con la timidez propia de su espíritu ponderado, la teoría de dos Aneliers, padre e hijo, ya que no parece probable que sea un mismo Anelier el combatiente de las Navas, en 1212, y el de la guerra civil de Pamplona, en 1276, pero esta duplicidad de la persona no resuelve nada, de no pensar, como Meyer respecto a Guillermo de Tudela que los autores del poema son dos Guillelmos de Tolosa, lo que no tiene asomos de verosimilitud.

Hoy sería indispensable una revisión del texto original, llevada a cabo con sujeción a los nuevos métodos filológicos que en estos últimos años han ganado en precisión, como no pudieron sospechar Iarregui ni Michel.

#### ASUNTO DEL POEMA

El asunto del poema de Andier es la guerra civil librada entre los barrios de Pamplona el año 1276. Si se indaga el motivo que pudo desencadenar aquella lucha cruentísima, encontraremos más de uno. Rivalidades entre los moradores de los barrios por si unos gozaban de mayores o menores exenciones tributarias que otros; recelos entre todos nacidos de las diferentes naturalezas de sus países respectivos; odios de banderías llevadas

(17) «Hist. de la lit. francesa», París, 1921.

hasta el rojo vivo por los partidarios de unos y otros cabecillas en constante desavenencia y pasión de mando; protesta airada en este barrio contra la autoridad francesa, a la que se sometía complacido aquel barrio por lo mismo que el otro no lo acataba; procesos violentos de rebeldía, sin una polarización concreta del instinto y que quizás nos revela, como supone Ilarregui, que «comenzaba entonces a salir de la infancia y robustecerse esa clase media que comprende ahora el nervio de las sociedades europeas» (18). Cuatro eran los barrios de Pamplona, tan mal avenidos desde siempre: la ciudad de la Navarrería que englobaba el censo de población más indígena; la población de San Nicolás y los burgos de San Miguel y de San Cernin, en los que predominaba el elemento forastero, porque también había navarros. En la guerra civil de 1278, los barrios fueron por parejas: la Navarrería y San Miguel contra los de San Nicolás y San Cernin. Ya en 1129 se señala la existencia de estos barrios, de intereses opuestos, raíces de continuos disturbios. Cada barrio tenía su Concejo con su sello correspondiente. Tan palpable era el encono, que Don Sancho el Fuerte en 1213 logró que los cuatro barrios concertaran unas conclusiones políticas que los apaciguaron. Y en bastante quietud vivieron durante los reinados de los dos Teobaldo. Pero se quebró la quietud cuando el Rey Don Enrique, sin que sepamos por cuáles secretas razones, deshizo el convenio concertado en la época de Don Sancho el Fuerte, retrotrayendo la situación de las cosas a la virulencia en que estaban en 1213. Enrique I, hermano de Teobaldo II, sucedió a éste en 1270 y falleció en 1274, dejando tras su breve reinado y su ingrata memoria por la torpeza política de haber roto el pacto de los barrios, las trágicas consecuencias del pleito sucesorio, pues la minoridad de su hija, de dos años, Juana I, fué la causa ocasional de la guerra. Dice el Príncipe de Viana que este Rey «fué mal gracioso a todos y cargado da carnes e de gorduras» (19). la madre de la Princesa, acosada por los de Castilla y Aragón para el matrimonio da su hija, acoso que dividió a los navarros, marchóse a Francia con la niña, donde el Rey D. Felipe la recibió «graciosamente e de buen grado», glosa el Príncipe de Viana, casándola con Felipe el Hermoso. Francia imperaba en Navarra, resueltamente desde que la casa de Champagne, con Teobaldo I. sucedió a la dinastía pirenaica en 1234.

Al marcharse a París la Reina madre con su hija Juana, dejó en su lugar como Gobernador del Reino a D. Pedro Sánchez, en las Cortes celebradas en Olite. Pero este Pedro Sánchez capitaneaba el bando de los partidarios de la boda con el de Aragón y tenía en frente a D. García Almorabid, caudillo de los partidarios de la boda con el de Castilla. Ya estamos, pues, en el prólogo de la guerra. Almorabid comenzó a fortificarse en la Navarrería; Sánchez prohibió duramente toda construcción de fortificaciones y saltaron entre los dos jefes «palabras e contiendas», como dice el Príncipe. Siempre que existen dos bandos, existe también una zona neutral, porción de gentes, pacíficas que se deciden por soluciones que niegan la razón—y el mando— a los unos y los otros. Tan ácidamente se ponían las cosas que, como escribe

(18) En el prólogo a su edición, pág. 7.

(19) «Crónica de los Reyes de Navarra» edición de Yanguas, Pamplona 1843, página 136.

el Principa, no se podía salir de casa ni de día ni de noche, fuera de camino, por el riesgo que corría. Los de la zona neutral lograron que se reunieran los Cortas en Pamplona para encontrar un remedio a aquella crispada situación de violencia. En la Asamblea, Almorabid puso el grito en el cielo, sus enemigos quedaron afónicos también y siendo imposible llegar a un acuerdo entre unos y otros, se decidió «que nenguno que fuese del Regno, fuese gobernador» («Crónica de los Reyes de Navarra»). Y fué nombrado Gobernador el francés Eustaquio de Beaumarchee «caballero leal, enérgico y prudente» lo califica Campi3n. Pero entonces ocurri3 un fen3meno que nada tiene de sorprendente, testigo la experiencia. Los grandes del Reino, ferozmente enemistados, se unieron contra el Gobernador extranjero y «non seyendo contentos—nos dice el Príncipe de Viana—que caballero extraño regiese, cometieron casos feos contra la Coronal Real», Beaumarchee, político hábil, viendo en los parapetos la guerra de la Navarrería, aliada con el Burgo de San Miguel, el torment3n que se le venía encima, convoc3 a todos los de la poblaci3n de San Nicolás quienes le prometieron incluso el sacrificio de la vida antes de tolerar el reto bélico de los de la Navarrería. Beaumarchee iz3 los pendones reales en las torres de la Poblaci3n de San Nicolás, indicando con ello que todo ataque e insulto que partiese de la Navarrería atacaba e insultaba a la Reina, medida diplomática que no di3 resultado porque entonces se hizo circular por la Navarrería el «bulo» de que la niña y heredera Juana no era hija del Rey Enrique—anticipo del caso de la Beltraneja—y juntamente con las «muchas piedras de bombardas» cayeron sobre la Poblaci3n de San Nicolás los denuestos de «vasaillos de la Trocada» (llamaban la Trocada a la niña Juana). Beaumarchee pidi3 socorros al Rey de Francia. Present3se un poderoso Ejército que penetr3 en España por Canfranc. Entre los soldados, de Tolosa, Carcassona, Querey, etcétera, venían albigenses, encendidos de ferocidad y que perpetraron en el templo catedralicio verdaderos crímenes. Aconteci3 el final trágico de la Navarrería en San Miguel de Septiembre de 1278. Anelier en el canto XCVIII pinta la escena horrible de los asaltantes en la catedral: «veriais abrir y romper cajas, y esparcir sesos, y descuartizar cabezas y tratar de ruda manera a señoras v muchachas y al Santo Crucifijo robarle la corona y tomar y esconder las lámparas de plata y abrir las urnas y quitar las reliquias y robar los cálices y las cruces de los altares y veriais tomar paños y despojar a las mujeres».

Lo mismo que hoy, también entonces tras la represión de los rebeldes, vino la destrucci3n y confiscaci3n de los bienes de los culpables, de los que muchos fueron ahorcados. En las cuentas de 1291 queda todavía la huella de embargos de infinidad de propiedades de los sublevados contra Beaumarchee. Desde Vincennes, en noviembre de 1277 mandaba el Rey Felipe III que el Gobernador se informase de los daños ocasionados al concejo de Pamplona, con motivo de la guerra, para restituirlos pero «cum moderamine et non in toto» (20). En julio de 1278 enviaba desde Saint-Germain instruccio-

(20) «Cartulario de don Felipe III» de Arigita, Madrid 1913, pág. 40. Arigita dedica una extensa nota a Guillermo Anelier de Tolosa.

nes sobre cambios de propiedades y resarcimiento de daños a los del Burgo de Pamplona «burgenses Pampilone», causados por los de la Navarrería «a bannitis quorum bona sunt confiscata de bonis ipsorum bannitorum (21).

#### MATERIALES Y PROBLEMAS

Material precioso para el estudio de esta época del poema de Anelier son el documento en que consta el nombramiento de D. Pedro Sánchez, de Cascante, para Gobernador (Olite 27 agosto 1274); el mandato del Gobernador a los de la Navarrería (Pamplona 3 de mayo da 1275); la relación de los daños sufridos por la catedral, enviado por el obispo de Pamplona al Papa (1276); la enviada por el Prior y Cabildo, de los agravios recibidos (1276); la apelación hecha al Papa por los del Burgo de San Cernin y Población de San Nicolás (Pamplona 4 julio 1273); la declaración del Gobernador Beaumarché sobre los motivos por los que mantuvo la guerra (Pamplona 30 noviembre 1276); la carta del Papa Nicolás III al Rey D. Felipe III sobre los desmanes cometidos por el Ejército francés.

Esta página, tan bárbaramente trágica, de la historia de Navarra y sobre la que tan precisos y detallados pormenores constan en la crónica rimada de Anelier, plantea algunos problemas no debidamente estudiados, p. e. la división de Pamplona en barrios, desde cuándo y por cuáles motivos. Se comprende que cada fracción de ciudad, con su organismo concejil, se rigiera por sus peculiares Ordenanzas, pero ¿no existió en absoluto la entidad «ciudad»? ¿no existieren tampoco Ordenanzas que regulasen la convivencia entre los burgos, puesto que no siempre vivieron en guerra?, ¿podían comprar o vender o edificar «ad libitum» los vecinos de unos barrios, en los otros?, ¿qué representación tenía cada uno de los barrios, en las Cortes?, ¿qué influencia tuvo—y su extensión geográfica y su duración en el tiempo—la lengua provenzal en Pamplona? Ocasión adecuada hubiera sido esta fecha de los cien años para abordar estos problemas juntamente con una escrupulosa y depurada edición crítica del poema de Anelier. Nosotros nos limitamos a que no pase inadvertida la fecha en elogio de aquel benemérito navarro y pamplonés, Ilarregui.—E. E.

(21) Ibid. p. 65.

## PUBLICACIONES

Entre las publicaciones de las que hemos de dar cuenta en este número, anotamos las siguientes:

\**Austrias y Albrets ante la incorporación de Navarra a Castilla*», discurso leído por el Excmo. Sr. Conde de Rodezno el día 15 de noviembre de 1944, con motivo de su recepción—y contestación del Excmo. Sr. Marqués del Saltillo—Madrid, 1944 (Real Academia de la Historia). Pamplona, Editorial Aramburu: 91 páginas + 4 de láminas.

\**Las pinturas de Oriz y la guerra de Sajonia*», por Francisco Javier Sánchez Canton, Pamplona, 1944. Diputación Foral de Navarra: Institución Príncipe de Viana (Casa Aldus, S. A. Madrid), 103 págs., incluidas las de los grabados.

«*Navarrerías*», José M.<sup>a</sup> Iribarren. Pamplona, Imprenta Bengaray, 1944: 269 páginas.

«*Al amor de los Karibes*», Fray Pablo del Santísimo Sacramento, carmelita descalzo: Santander, 1944 (San Sebastián, Gráficas Fides, 1944), 233 páginas + 8 de láminas.

«*Romerías Navarras*», Dolores Baleztena, Miguel Angel Astiz: (Bescansa, 1244): 267 págs. + 61 con láminas, fotografías, dibujos y portadas interiores.

«*¿Por qué padeces?*» R. P. Angel de Abárzuza, Capuchino: Imprenta de Capuchinos, Pamplona, 1243: 162 págs.

«*El dogma y la moral*»: A. Belzunegui, Párroco de Elizondo. (Imprenta diocesana. Pamplona), 225 páginas.

«*La vida rural en Vera de Bidasoa*», por Julio Caro Baroja. Madrid, 1944. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Antonio de Nebrija. Biblioteca de tradiciones populares. 244 págs. + 42 de láminas + 2 de Índice.

«*El románico en la provincia de Vizcaya*». En la revista «*Archivo Español de Arte*»—enero-febrero de 1944—ha publicado este trabajo D. Antonio Gaya Nuño, que se conrídstra como el único trabajo de conjunto sobre el románico en Vizcaya. Ilustran las páginas, las fotografías de los monumentos que se estudian, las plantas de varias iglesias y un mapa de toda la zona geográfica del románico vizcaíno.

«*Las Meninas y sus personajes*». En Editorial Juventud de Barcelona, ha publicado esta obra D. Francisco Javier Sánchez Cantón, Subdirector del Museo del Prado. Crítico de la autoridad da Pérez Ferrero ha dicho que ninguna mano mejor podía habernos dado un estudio a fondo sobre esta obra de Velázquez.

«*El entierro del Conde de Orgaz*». También en Editorial Juventud ha publicado esta obra D. Manuel Gómez Moreno, que estudia la composición, el carácter de los personajes, la clave del cuadro, la técnica pictórica, el sentido y la distribución de las luces. El volumen es de indiscutible valor.



**LAS REVISTAS NAVARRAS «PREGÓN» Y «ARGA»**

No podemos menos de mencionar, con elogio, la aparición durante 1944 de las revistas «Pregón» y «Arga» editadas en los talleres tipográficos de Pamplona. Revelan un máximo esfuerzo editorial en sus autores y un decidido empeño de avance en la cultura del país. «Pregón» se publica en fechas destacadas del año—Navidad, Semana Santa, San Fermín—y se esmera en lujo tipográfico y en la calidad de las firmas. «Arga», de Editorial Gómez, es revista mensual, profusamente ilustrada con fotografías y dibujos y en cuyas páginas se cultivan temas de tipo popular, de vulgarización histórica y artística y en las que no faltan algunas columnas para escritores y dibujantes noveles. Creemos **muy** atinada la orientación que ha dado el Sr. Gómez a su revista.